

Nélida Piñon

Un día llegaré a Sagres

Traducción de Roser Vilagrassa



Nacido en el siglo XIX en una aldea del norte de Portugal, hijo de una prostituta acusada de brujería y de un padre desconocido, el joven Mateus se ha criado con su abuelo Vicente, pero cuando este muere, él emprende un viaje en dirección al sur, en busca de la utopía, pero también tras la vocación de grandeza de un país pobre y animado por las ansias de libertad. Un día llegaré a Sagres narra, en definitiva, la historia de Portugal, de una civilización en movimiento perpetuo a través de la vida de un individuo aparentemente insignificante, un campesino temerario, pero que quizá lo sea en un momento en que lo que más falta hace es temeridad.

---

AMIGOS Y CÓMPLICES DE LISBOA

Amada Suzy Piñon

Karla Vasconcelos

Eduardo Lourenço

Guilhermina Gomes

Leonor Xavier

Pilar del Río

José Carlos Vasconcelos y

Maria José Lobo Fernandes

Kristie Vasconcelos y

Márcio Medeiros

**1**

Nací el siglo XIX, en el norte de Portugal, e ignoro qué significa ser parte de este país. ¿Qué beneficios han concedido al pueblo los reyes de las diversas dinastías desde la comodidad de sus tronos, aparte de someterlo a sus caprichos? Esta gentuza de sangre real todavía no ha declarado la verdadera abolición de la esclavitud, que se promulgó en 1869. Pese a todo, yo decidí contar mi historia, soltarla a los cuatro vientos, un primero de noviembre, mes que coincide con el terremoto de Lisboa.

Era de madrugada, hacía frío y yo estaba tapado con una manta raída, la única que había en la casa. A la luz de la vela, los objetos sobre el aparador eran como fantasmas a los que, de vez en cuando, ahuyentaba con aspavientos. Son más perseverantes que mi propia voluntad, me dan guerra, forman siluetas en la pared, que no identifico con nitidez. Tengo una vida precaria, palpita en mi pecho, me brinda una frescura que mi memoria rehúye, pues se ahonda en el infierno. Gracias a estos recuerdos, visito la aldea en la que nací e inevitablemente la resucito.

A pesar de mi penosa rebeldía, imagino dibujos informes a partir de las migajas de pan esparcidas en la mesa. Si bien aprecio los productos de la tierra, que en esta casa no abundan, puede decirse que me sustento de sobras. Aunque, de no ser por estas, no estaría aquí, en esta colina de Lisboa, una de las siete de la ciudad, por la que deambulo apoyándome en las paredes de las casas para no caerme. Después de dejar el país de mi abuelo e insta-

larme en Lisboa, en Sagres y luego en el mundo, he regresado aquí. ¿Quién soy sin las ruinas de las urbes humanas y sin los pedazos de mi existencia? ¿Quién soy sin estas historias, mis escombros?

Vivo con rigurosa parsimonia. Las monedas que tengo en el bolsillo apenas si alimentan mis sueños. Es lo que me queda de un trabajo casi esclavo, de los viajes que hice a lugares donde los lusos otrora imperamos. Pero esas monedas no me aseguran el futuro. El miedo a la miseria me acecha a diario. ¿Qué haré cuando me gaste el último pataco<sup>[1]</sup>?

Las noches son amenazadoras, me inducen a ser prudente. La vivienda está situada en lo alto de la colina de San Jorge, esta misma, no muy lejos del castillo, que fue escenario de tantas batallas libradas. Ahí vivo. Es una casa modesta con las paredes desconchadas, pero carece de agua, que salgo a buscar y luego guardo en tinas. El conjunto de estas circunstancias pone de evidencia mi fracaso. Eso sí, el premio es el soberbio paisaje desde la ventana, que se difumina los días de neblina, y desde donde se divisa una franja del Tajo, cuyas aguas suntuosas soportan mis devaneos. Tardé mucho tiempo en surcar esta superficie plateada. Y, cuando me distancié de su visión, sufrí. Ahora, antes del último suspiro, me reconcilio con este río sagrado. Necesito morir tranquilo, hacer balance de mis adversarios y de mi existencia sin ambages. En este crepúsculo, todo y nada exige arrepentimiento por falsa solidaridad con lo que perdí y no conseguí.

He comido sardinas fritas empapadas en aceite, un exceso. He rebañado los restos con pan, como me gusta. Tengo poco, pero sigo adelante. Soy hijo de las adversidades infligidas a mi pueblo, un campesino sin nombre ni título. Y ahora, sumido en la pobreza, actúo como si esta fuera el único trofeo que merezco.

Las figuras del pasado son buitres que hace poco devoraron mi carne. No he sido feliz, bien lo sé. Mi propia

madre me maldijo en la cama después de expulsarme de su vientre. Desafiando a su padre, allí presente, a coger en brazos a su nieto, fruto del pecado de una hija que lo avergonzaba. Me salvé gracias a él. Mi abuelo fue el único que me quiso. A partir de esta escena protagonizada por personas de la misma sangre, esta es la herencia que tuve que aceptar. No me haría falta ahuyentar amores malhadados, pues llamarían a mi puerta de manera natural.

Hablo para que me oiga Lisboa, o al menos algún vecino desconocido, quienquiera que sea. Hoy solo me queda un cuerpo extenuado que se descompone poco a poco en esta ciudad que, por lo que sé, acogió a musulmanes y cristianos, y que españoles y finalmente portugueses se disputaron. Un conflicto desesperado que me produce tristeza. Y eso que soy un hombre de virtudes que ni a mí me atraen. Aunque en el pasado despertaba el deseo ajeno, incluso entre varones.

Los años son ingratos, nos sentencian al declive y sus efectos nos igualan. Por este motivo sé que soy como el rey en toda su repugnante majestad, pues se baña más bien poco y se impregna de perfume en los rincones del palacio de Ajuda.

Yo, desde mi propio rincón, me rasco las encías con los dedos, palpo los cráteres que han dejado los dientes que han ido cayendo, como si así fuera a recuperarme. Qué tristeza, Dios mío, no poder morder ya la carne ajena como antes, con furia, sin compasión, empujado por la obsesión del miembro hinchado. Nunca tuve piedad en el instante de culminar el deseo. Lo demás me servía para purgar el mal de la pasión. ¿Qué iba a hacer si no, lamentar la falta de cariño que solo mi abuelo Vicente y Leocádia me inspiraron en la vida?

En realidad la vida nunca me ha pertenecido. No he sido digno de ella. Esta certeza tal vez indica que ha llegado el momento de revisar partes de mi historia. No puedo saber ni sé si lo que hoy ocurre, en estas horas tardías, anti-

cipa mi fin. Y en esta vejez que nunca pensé que llegaría me falta el consuelo de no haberme sentado a la mesa de los poderosos y haber probado sus manjares. Mi partida, asimismo indigna, me mortifica. Lo que más valoro de la pobreza son estos tres relojes colgados en la pared, próximos entre sí, casi sin espacio para respirar. El tiempo que señalan con las agujas desgastadas anuncia mi finitud, el paso de cada día. Cuando me despierto, la levedad de los minutos me trae esperanza desde su lugar, a la vez que simboliza, qué ironía, la ligereza de la cuchilla del verdugo.

El reloj de en medio es como Jesucristo con un ladrón a cada lado. Forman un modesto conjunto que me recuerda al poderoso rey de España y del Sacro Imperio, Carlos V, que, hartado de la fastuosidad del mundo, se desentendió de sus bienes tras repartirlos entre sus herederos. Recluido en el monasterio de San Jerónimo de Yuste, en la provincia de Cáceres, donde moriría de gota, examinaba su colección, celoso del avance de las agujas del reloj, que iban consumiendo el plazo de vida que se le había asignado. Y de nada le sirvió el poder para acrecentar los días que empezaban a faltarle. ¿Habría mejor modo de aguardar la muerte que observar con fascinación el recorrido de las implacables manecillas?

Mientras las contemplo por la mañana, aspiro el aire del día con vigor. Espero a que empiece a soplar la brisa nocturna y, algo más tarde, llegue el frío. Entonces, mientras duermo, dejo agonizar a los relojes.

## 2

Los recuerdos me invaden sin secuencia, sin orden, sin juicio. La memoria es halagüeña para la gente feliz. Para mí es ingrata. No vale la pena conservarla entre mis pertenencias.

Los recuerdos de mi vida son aleatorios, los de la mía y los de los demás. Se confunden contra nuestra voluntad, sin poder distinguir qué partes son exclusivamente mías. En este horizonte infinito de la historia, como decía Ambrósio, el anticuario, no heredé una parte del cerebro de Camões. Soy de mente débil y carne fuerte, casi salvaje.

Además, siempre me siento aturdido. Como si me hallara en medio de una encrucijada, cuyas líneas mi miseria no es capaz de interpretar. ¿A qué debe aferrar su vida el pobre para sentirse protegido? El cuerpo que lleva mi nombre solo es mío en parte. Basta que el rey lo ordene y puedo ir derecho al cadalso o a las mazmorras.

Estoy en Lisboa y he venido para quedarme. Recuerdo haber jurado en el pasado no regresar a mi aldea, allá en el norte, después del entierro de mi abuelo Vicente. Éramos pocos junto a su tumba rasa, su sepultura. Él era delgado, y el féretro, estrecho, no requería un hoyo demasiado profundo.

Mi madre, Joana, se vistió con la ropa de los domingos. Quizá la que mejor le quedaba. Su oficio consistía en estimular el deseo ajeno con evocaciones festivas. Guardamos silencio mientras lo dejábamos en la tierra, a la que había servido con devoción. Bastaba con observar sus manos de labrador, callosas y maltratadas, con marcas de vie-



jas heridas, para recordar el vigor con que empuñaba el hacha sin vacilar un instante al hendirla en la veta central del tronco. Mi abuelo lo hacía todo. Limpiaba el corral, plantaba, recogía lo que la naturaleza nos daba. Me enseñó a agradecer a los dioses la cosecha obtenida del sacrificio humano. Se dejaba la vida con el propósito de alimentar a la familia.

Me gustaba cuando, estando yo junto a la bañera, me echaba con un gesto diligente para que fuera a pelar patatas. Lo hacía con gracia, como si fuera un día de fiesta. En esos momentos parecía liberado, como si, a pesar de su modestia, disfrazara el mundo, creara ilusiones.

Ahora, muchos años después, pienso que tal vez en aquel momento fingiera ser poeta, como aquellos trota-mundos que aparecían por la aldea con aires de profeta, demiurgos en burro, con una vara en una mano y un manuscrito en la otra, convocando al pueblo a escuchar lo que tenían que contar. Hombres que iban de Galicia al norte de Portugal, quien sabe si habiendo cruzado el río Miño a nado, con el original a salvo, pues era su tesoro, imitando el gesto de Camões que nos enseñaban en la escuela. ¿Es posible que mi abuelo se sintiera así en su afán de ser feliz, al menos los domingos? ¿O me estoy inventando una persona que en realidad no existió, añadiéndole una complejidad que le haga justicia, o más bien que me la haga a mí, frágil anciano que contempla el mundo desde su dolorosa experiencia? ¿Que, además, movido por la fantasía, es capaz de enaltecer a aquellos pobres diablos que deambulaban por Portugal como juglares del Medioevo, repartiendo bendiciones por tierras desposeídas?

Con el beneplácito del profesor Vasco de Gama, maestro de aldea, hijo de campesinos y padre de una gran prole, que vivía de patatas, hortalizas y carne que los aldeanos le regalaban y no tanto de las monedas que le pagaba el alcalde. Él me enseñó que existían otros mundos aparte

del que yo ya conocía. Así, cuando aquellos hombres agitaban sus hojas de papel, diciendo que habían escrito poemas a partir de una misteriosa inspiración de pura esencia lírica, yo los creía a pie juntillas. Y así acepté que se hicieran llamar artistas a los que la palabra inflamaba la voz y el corazón. Al fin y al cabo, ser un creador como Camões significaba conocer el cielo.

Alguna que otra vez, mi abuelo les daba comida, que les servía sobre una rebanada de pan a modo de plato. Y les ofrecía otra de pan de harina de maíz para el viaje. Los pobres tenían un apetito voraz, devoraban la comida mientras relataban las vicisitudes de sus viajes. Con ellos aprendí que la aventura clandestina que incluía el sustento superaba el lirismo de la poesía. Tanto era así que, una vez saciaban el hambre, reanudaban su camino, dejando a un lado su función de oráculo, de transmitir la fuerza de la palabra a aquellos campesinos que vivían pendientes de la cosecha.

Estos demostraban ser resistentes al sufrimiento e insensibles al arte, un medio destinado a los nobles. ¿Cómo iba a emocionarlos un vate que recitaba sus penurias, que pretendía suscitar desasosiego en sus almas con declamaciones que les parecían aburridas y presuntuosas? Pero sí aplaudían a los saltimbanquis, a los acróbatas, a los payasos, a los circos ambulantes, que llegaban en grupo y los hacían reír.

### 3

Nací cerca de la frontera española, una región conflictiva, donde empezó mi tragedia. Una aldea relativamente próxima al río Miño, que desemboca en el Atlántico, gloria que compartía con Galicia, la mujer de la otra orilla.

El destino me llevó a beber de las aguas marinas y fluviales que se unían en la ría. Aguas que habrían sido del Jordán, de haber nacido yo en Galilea.

En una ocasión, mi abuelo Vicente, en un acto de imprudencia, me sumergió en el río como si me bautizara, indiferente a mi reacción. Había oído que, en otros tiempos, cierto rey hundió a su hijo al nacer en una tina de agua sagrada con el fin de protegerlo y demorar su muerte.

—Aquel que pise tierra y mar a la vez tendrá alas, sobrevivirá.

No frecuentábamos los maravillosos parajes del río. Sus excelencias quedaban reservadas a aquellos que lo explotaban, hatajos de bandoleros y marginales que dominaban el comercio de contrabando.

La aldea estaba lejos del Miño, era un lugar poblado de campesinos con sus tierras y burgueses que arrendaban sus propiedades. Entre estos, un hidalgo de alta estirpe, que exhibía un escudo en la puerta.

El territorio portugués estaba ocupado por casas de labranza, casas señoriales y castillos, muchos de los cuales seguían habitados. Así como por antiguas fortificaciones, otrora al servicio del rey, levantadas para combatir a los enemigos. Para conformar un sistema de defensa cuya ca-

pacidad bélica ostentaba esplendor y un manifiesto contraste con la pobreza imperante.

Yo no conocía muy bien los caminos que bordeaban el río. Y sabía aún menos de almas viles, asesinos, hombres ricos y doncellas encerradas en sus casas. Personas que temían ofender al monarca, a las autoridades, a los clérigos, señores del poder que castigaban y sofocaban ambiciones desmedidas o insurrecciones populares.

—La arrogancia, Mateus, solo sirve si refuerza la dignidad del pobre. Lo malo es que despierta la ira de los poderosos.

Mi abuelo pronunció esta sentencia un día, a mi regreso del monte, al volver con los animales, ansioso por escucharlo, por tomarnos el café que él colaba con gusto, como si hiciera un homenaje a su nieto, que estaba condenado, como los demás labradores, al olvido.

A veces caía en un mutismo inquietante, para luego distraerse hablando. Lo hacía de una manera marcada por la influencia de los viejos de la aldea, con unos matices que poco a poco iban desapareciendo. Quizá porque la muerte no les había permitido clavar banderas, predicar ideales o sembrar convicciones. La muerte es contumaz, no respeta las leyes de los hombres.

Mi abuelo se enorgullecía de ser un campesino capaz de trabajar bajo un sol inclemente o en la quietud de la noche, de convertir excrementos animales en fertilizantes que generaban riquezas. Y, cuando aludía al sublime gozo que podía brindarle una mujer al acogerlo en las profundidades de su cuerpo, de pronto se entristecía y su entusiasmo se desvanecía.

—¿Y por qué somos así, abuelo? —le pregunté un día.

Quería decirle que no confiara en mí. Yo era un hombre al despertarme y otro al acostarme.

—Porque así son las cosas, Mateus.

Y nunca más mencionó el asunto.

## 4

Ahora, en la vejez, nada me preocupa, nada tengo que proteger. La vida me ha debilitado. Retomo vagamente las huellas del pasado, que son un calvario. Sin olvidar a mi abuelo Vicente, que respondía por sus actos. Fui hijo y nieto suyo a la vez. De mi madre no hablo, no creo en el perdón. A veces pienso en el momento en que emprendí mi viaje a Lisboa. Parece que fue ayer cuando dudaba de mi valor y me preguntaba si sería capaz de partir sin mirar atrás. Abandonar a los animales, hijos de mi abuelo, a renunciar al pan de nuestra mesa. Pensaba en despedirme de los árboles, bajo cuyas copas había soñado, y hasta de los tejados que se alzaban al final de la cuesta. Eran las siluetas de un universo familiar, forjado por mi abuelo.

En primavera la aldea festejaba la cosecha, las frutas y la carne obtenida. Bullía con un fervoroso sentimiento de júbilo. El entorno natural que rodeaba la casa nos invitaba a levantar la copa de vino.

Yo ansiaba vivir, retenía cuanto observaba a mi alrededor, formas verdes y espléndidas, o las sinuosas curvas de la mujer, de un cuerpo que tardé en conocer. Jamás una criatura de esta especie, que se me antojaba tan ajena, me proporcionó el gozo que me proporcionaban mis manos callosas. Un ser femenino que habitaba aldeas y ciudades, que encarnaba una pasión que enloquecía a los hombres. Dueña de un poder contenido en un físico capaz de desatar un placer agónico que alteraba el equilibrio del mundo. ¿Y por qué yo, un campesino repudiado, no podía sentir esa atracción que se concentraba entre dos piernas

hasta el punto de hacer desaparecer los demás frutos de la tierra? Solo estaba a salvo porque ninguna mujer me había tocado nunca.

Un diciembre lluvioso, movido por el afán de dar un nuevo sentido a la vida de su nieto, mi abuelo decidió atender sus necesidades, verter su savia masculina en el vientre de una mujer. De modo que me llevó con él al pueblo de al lado. Conocía bien el camino, pues solía frecuentar aquella casa donde las damas vendían su cuerpo a cualquiera. Entré asustado, con ganas de salir corriendo, pero mi abuelo me empujaba pasillo adentro, hacia la muchacha que había escogido para mí. Mis piernas temblaban, no me obedecían, estaba paralizado. Una vez en la cama, seguí las indicaciones de aquella criatura, pero me desenvolvía con torpeza. Sin embargo, lo que sentí aquel día fue algo indescriptible, que me trastornaría para siempre, pues nunca más me libraría de aquella ansia subyugada al gozo. Desde aquel día, sería incapaz de prescindir de aquella sustancia de voluptuosidad infinita que me dominaba, tendido en la cama. Un sexo inventado por un dios diabólico que despreciaba el espíritu humano hasta el punto de someter al macho incauto a la absoluta humillación de no poder renunciar a la hembra. ¿Qué clase de ardid era este, incomparable a ninguno?

Ah, cómo gocé aquel día. Luego quería más, siempre más. No sé si fue un acierto o un error. Sentí una conmoción tal en el pecho que me transformó, sabiendo que nunca volvería a ser el mismo. Era como si mi cuerpo, que hasta entonces había sido infeliz, de pronto hubiera adquirido una virilidad comparable al poder de la tierra. A partir del milagro de penetrar las entrañas de una mujer que, al parecer, también rezumaba, sentí que me crecía.

Salí de aquella habitación de aire viciado, embargado por un extraño sentimiento de muerte. Como si, tras conocer las delicias del paraíso, apenas pudiera respirar, como si me hundiera entre los sargazos de las emociones. Cons-

ciente de seguir estando ciego a pesar de la experiencia vivida, incapaz de definir algo que superaba mis límites.

Cerca de mi abuelo, mirando más allá de las montañas, el cielo no me apaciguaba. Como tampoco las nubes, que me arrastraban con su movimiento. Invitándome a abandonar algún día el lugar donde nací, cuando agotara los sinsabores del campo. Cuando ya no contara con mi abuelo Vicente, que siempre respondió por mi conducta, al margen de mi secreto. Y viviría la proeza de enfrentarme a hombres y fieras. Una andanza que me llevaría a dormir al raso, en la oscuridad, como hijo de una soledad que podría arrebatarme la esperanza de llegar algún día a Sagres.